

## Arqueologías de lo imaginario

Max Hidalgo Nácher – *Universitat de Barcelona*

*Lo imaginario y otros ensayos de crítica de la cultura*

Jorge Belinsky

Barcelona: Trampa, 2022

280 páginas

*Lo imaginario y otros ensayos de crítica de la cultura*, tercer volumen de la colección «Intervenciones» de Trampa Ediciones, no solo edita por primera vez en Barcelona *Lo imaginario* (Buenos Aire: Nueva Visión, 2007), que fue el último libro de Jorge Belinsky y que estaba descatalogado desde hace tiempo, sino que además incorpora diversos textos del autor que, de modos diversos, prolongan y matizan la trama y el argumento que desplegaba de forma rigurosa y sucinta en el cuerpo del libro de 2007. Esos nuevos textos, recogidos —también por primera vez— en este volumen, habían sido publicados en revistas con excepción del último, «Una aproximación a las nuevas configuraciones del sujeto en el psicoanálisis», el cual es el resultado que la transcripción de la última conferencia que impartió Belinsky, en el I Congreso Internacional de Psicoanálisis de la Universidad Nacional de Rosario, en octubre de 2016. En ese sentido, haciendo honor al título de la colección, este libro supone una intervención que pone a circular, a través de una edición muy cuidada, una obra que nos invita a preguntarnos de nuevo por el valor y el lugar de lo imaginario en nuestra cultura.

Este libro pertenece, de hecho, a esa rara categoría de obras que, debido a su singularidad, eluden el comentario y, por ello, plantean algunas dificultades a la hora de hablar de ellas. ¿Qué hacer con un libro como *Lo imaginario*...? ¿Se trataría de glosarlo? Hugo Vezzetti sostiene en el prólogo: «Leer a Jorge Belinsky supone internarse en una lectura de sus lecturas, que arman no solo un corpus muy personal sino recorridos inesperados». Esa podría ser una buena guía para adentrarse en este libro, que es, entre muchas otras cosas, el itinerario de sus lecturas, el cual remite a la singularidad de una biblioteca: a la lectura de unos pocos textos clave en sus respectivas tradiciones, leídos y releídos con mucha atención y cruzados con otros pocos, con los que construye las problemáticas que van enhebrando su discurso. Un libro en el que se piensa a partir de autores asociados de un modo u otro al estructuralismo (como Claude Lévi-Strauss, Jacques Lacan, Gilles Deleuze o Jacques Derrida), pero también de Cornelius Castoriadis, Jacques Le Goff, Mary Douglas, Georg Simmel o un Michel Foucault «preestructural». Y siempre con Freud de fondo, a través de una perspectiva plural y transdisciplinar en la que se cruzan psicoanálisis, historia, filosofía, antropología, sociología y política para proponer un estudio histórico transversal. *Lo imaginario* —un libro estrictamente teórico y, en ese sentido, exigente— es, al mismo tiempo,

profundamente transparente, pues esta obra de Belinsky presenta la claridad de aquellos libros que persiguen un problema y, fieles a su cosa, se dan los medios para pensarlo.

## 1. Límites del estructuralismo

El libro de Belinsky explora las potencias de lo imaginario («lo imaginario como potencia creadora»), y lo hace confrontándolo al bloque de pensamiento del estructuralismo y a su célebre tríada *real / simbólico / imaginario*, que procede de Lacan y que desarrolla —como método general del estructuralismo— Deleuze en un texto de principios de los años setenta que tiene un lugar clave en este libro y en la propia historia del movimiento: «¿En qué se reconoce el estructuralismo?». Pues, a través de él, se hace posible conectar el preestructuralismo y el posestructuralismo, una tensión que no deja de explorar este libro.

Tras reconstruir de forma breve pero certera las transformaciones históricas de los conceptos de «imaginación» y de «imaginario» (este último, en tanto que adjetivo primero y luego como sustantivo), Belinsky reconoce la potencia heurística del estructuralismo sin dejar por ello de señalar algunos de sus límites o puntos ciegos. Ahí es donde comienza la indagación a partir de dos preguntas que atraviesan el libro: ¿cuál ha sido el lugar de lo imaginario en el estructuralismo? Y ¿de qué manera podría rescatarse esa cuestión de lo imaginario, en tanto que instancia productiva, sin deshacerse del conjunto de aportaciones de dicho movimiento intelectual? Sabido es que el estructuralismo pretendió reducir las potencias de lo imaginario a través del análisis estructural, al reivindicar la preeminencia de lo simbólico, y al presentar muchas veces la dimensión imaginaria como algo meramente derivado, colocándola del lado de la ilusión y del engaño o, como hacía Althusser, de la ideología. *Lo imaginario...* vuelve sobre estas cuestiones no para llevar a cabo una crítica en el sentido negativo, de oposición, sino para pensar qué estaba en juego en esa *méconnaissance* y, tirando del hilo, trata de desplegar algo del orden de lo impensado, en que pasado y porvenir se dan la mano, en este caso como promesa. Hugo Vezzetti localiza en su prólogo la problemática central que tramaría la singularidad del libro de Belinsky, y que lo abriría de ese modo a la posibilidad de lo imposible: «¿Cómo introducir la dinámica de la historia y el cambio en un esquema reducido a una estructura estática, fijada en una tríada aplicada como un principio clasificatorio que ordena y separa a partir de la prevalencia de lo simbólico?». El pensamiento decimonónico partía de la dualidad *subjetivo / objetivo*. El estructuralismo, de la tríada *real / simbólico / imaginario*. El pensamiento de lo imaginario que plantea Belinsky, atravesando el estructuralismo, se propone como

una *cuaternidad* en la cual lo imaginario pueda ser, además de «punto ciego del sujeto», también «potencia creadora de lo imaginarizante en la tensión entre el polo objetal y el polo significante».

## 2. Experiencia e historia conceptual

*Lo imaginario*... es, entre otras cosas, una muy buena introducción a toda una serie de problemas teóricos que emergen, generalmente de modo disruptivo, en la década de los sesenta y setenta, y que de un modo u otro heredamos. Y es también, y sobre todo, un ejercicio muy preciso en el que se presenta de modo sistemático el despliegue histórico del concepto de lo imaginario. No por casualidad su autor invoca, en sus primeras páginas, a Reinhart Koselleck. Se propone así un ejercicio de rememoración, en el cual se trata de excavar la propia historia, llevando a cabo una arqueología de lo imaginario. El trabajo histórico-conceptual que propone Belinsky nos permite volver sobre dicho concepto para mostrar cómo está tejido históricamente y, a través de ello, permite formular una ontología de nosotros mismos. Algo que aparece de manera nítida en «*Horror vacui, horror loci*: Claude Lefort y los psicoanalistas», en el que el autor se interroga sobre las relaciones mutuas entre psicoanálisis y política, siguiendo el argumento de Lefort —quien reivindicaba «el poder instituyente de lo político»— y mostrando su diferendo con el discurso del psicoanálisis, cuando afirmaba que «el psicoanálisis es producto de la democracia y, al mismo tiempo, el fundamento para pensar lo que esta por primera vez hace visible: el lugar vacío del poder, condición de la libertad de los agentes sociales en la posible construcción de su destino si se aceptan las consecuencias de ese nuevo horizonte de visibilidad». En ese sentido, Belinsky —quien reivindica la potencia transformadora de lo imaginario— no busca dar razón a uno o a otro ni cae en las trampas de la identificación, sino que despliega un espacio de tensiones, que sería propiamente el que nos constituye. Igualmente, en la conferencia con la que se cierra la edición, «Una aproximación a las nuevas configuraciones del sujeto en el psicoanálisis», Belinsky explora las transformaciones de la subjetividad desde los años noventa a partir de su propia experiencia clínica. En esos intersticios entre prácticas y discursos se abre el espacio de la transdisciplinariedad al que apunta *Lo imaginario*..., la cual, más allá de cualquier cierre disciplinario, nos pone en contacto con unas «constelaciones conceptuales» que «son capaces de dar cuenta de la pluralidad de las experiencias históricas», abriéndonos a una «historicidad» que funciona, arqueológicamente, como una «memoria que aguarda volver a la luz».

### 3. La potencia imaginarizante, entre prehistoria y porvenir

Lévi-Strauss, en el capítulo final del *Hombre desnudo* (1971), desplegaba un eje de coordenadas, que era un espacio de posibles, delimitado por cuatro polos, articulados a través de la relación entre sonido y sentido: las matemáticas (compuestas de entes sin sonido ni sentido); el lenguaje (compuesto de sonido y de sentido); la música (compuesta de sonido sin sentido); y el mito (compuesto de un sentido que prescinde de la especificidad del sonido). Belinsky, inspirándose en ese procedimiento, construye su propio espacio de tensiones, el cual introduce una problemática que no aparecía en Lévi-Strauss, pero que nos ayuda a entenderlo y a entender mejor la propia historia del estructuralismo: una historia que sitúa paradigmáticamente entre dos extremos, que encuentran su doble figuración en, por un lado, *el significante flotante* del que habla Lévi-Strauss en su prólogo a Marcel Mauss y, por el otro, en el *objeto a* de Lacan. Afirma de ellos Belinsky: «Así como el significante flotante remite al porvenir, el objeto *a* remite al pasado y Benjamin lo situaría, sin duda, en relación con la prehistoria». Se trata, pues, del espacio de tensiones que se abre en la distancia que va de *lo real de la carne* de Lacan al *espíritu desencarnado* de Lévi-Strauss. Ahí Belinsky acota un circuito que, «por una parte, lleva desde lo informe a las significaciones establecidas y, por otra, impulsa, desde lo significable, la renovación de los sistemas simbólicos con la correspondiente producción de nuevos sentidos». Una de las claves del libro consiste justamente en pensar esas dinámicas sin reducirlas a la preeminencia de la Ley Simbólica.

Lo interesante es que, al presentar ese problema, de alguna manera anuncia el porvenir del estructuralismo más allá de sí mismo y remite a algunos de los problemas con los que aún hoy se mide el pensamiento contemporáneo: la relación entre lo estático y lo dinámico que se despliega en el «pas au-delà» del estructuralismo al posestructuralismo, pero también la espiral de lo moderno y lo arcaico que atraviesa el pensamiento de Benjamin o de Agamben. La distancia entre Lévi-Strauss y la tribu de los estructuralistas —compuesta por Barthes, Foucault, Deleuze o Derrida— se mide en una tensión que no habría que pensar de ningún modo como un corte radical. Escribe Belinsky:

Nos encontramos ante una gran paradoja: el concepto de significante flotante fue central en la construcción del paradigma estructuralista y, a la vez, aquello que lo puso en crisis, por su propia índole, al cuestionar una labor científica que aspiraba a eliminarlo o, al menos, a reducirlo a su mínima expresión.

Cabe ver, en ese sentido, cómo otros autores contemporáneos han transitado esta misma vía. Entre ellos, el antropólogo brasileño Eduardo Viveiros de Castro, autor de *Metafísicas caníbales*, quien reconoce en la obra de Deleuze la continuación del proyecto estructural de Lévi-Strauss

y muestra cómo el paso de lo estático a lo dinámico, más que marcar una ruptura, señala la prolongación de un hilo análogo al que se presenta en este libro.

Igualmente, cabe señalar cómo *Lo imaginario...* presenta ciertas concomitancias con el método arqueológico de Agamben y con la problemática del origen de Benjamin, que remite a la cuestión de la vuelta de lo arcaico como acontecimiento y al problema de la *arché*. Ese es el procedimiento que pone en práctica Belinsky cuando lleva a cabo la reconstrucción arqueológica de las «constelaciones conceptuales de lo imaginario, las cuales dan cuenta de la pluralidad de las experiencias históricas». Esas constelaciones no se suceden secuencialmente, sino que emergen «como estratos de sentido cuya organización recuerda más lo arqueológico que lo histórico». Así puede afirmar un poco después que

esta concepción supone una dimensión horizontal —la secuencia que lleva de Saussure a Hjelmslev y a Jakobson, y de estos a Lévi-Strauss y a Lacan— y una vertical: ya que el estructuralismo se asienta en la labor crítica de Marx y de Freud, cuyas respectivas concepciones le ofrecen un estrato arqueológico; a su vez, las modifican y, en cierto sentido, las violentan. Esto es muy interesante, porque lo mismo hicieron Marx y Freud con respecto a sus propias herencias.

A lo que cabría añadir que Belinsky hace también algo análogo respecto a la tradición que despliega para hacer emerger el problema de lo imaginario el cual, por qué no recordarlo, atraviesa los últimos años de escritura de Roland Barthes.

*Lo imaginario...*, al llevar a cabo este estudio de historia conceptual — que es, al mismo tiempo, una historia de la experiencia y de nosotros mismos—, reivindica «la *potencia imaginarizante*» en tanto que «espacio transicional», «zona de los reinos intermedios» y posibilidad de abertura a las singularidades. Y afirma, refiriéndose a las promesas de lo imaginario: «Aunque lo habitual es que esas posibilidades no se cumplan y la estructura se reproduzca conforme a la ley que la gobierna, a veces, muy pocas, durante el pasaje por lo liminar, ocurre un extravío que hace que la promesa sea capaz de transgredir la ley y devolver el origen a la historia».